

Tan rico y gran bebedor,  
no hay medida á sus deseos,  
y pasa entre devaneos  
una existencia de amor.

Y para ahogar su indolencia  
y ocultar que se fastidia,  
juega sin afán ni envidia  
pedazos de su opulencia.

Si gana, sin ver recoge;  
si pierde, paga sin ver;  
y ni en ganar ni en perder  
hay medio de que se enoje.

Y según derrama el oro  
cuando pierde ó cuando presta,  
parece que tiene puesta  
cada mano en un tesoro.

Hay quien de impío le trata,  
y juzga que es mal ejemplo  
que un paje le lleve al templo  
cojín con borlas de plata,

y que es audacia inaudita  
hincarse al pie de la grada  
y esperar á una tapada  
para darla agua bendita.

Y aun corren de sus amores  
susurros por la ciudad,  
que á ser ciertos, en verdad  
pueden tornarse clamores,

que anda entre ellos una llave  
con que se abre un presbiterio.....  
Mas el caso es un misterio  
y la verdad no se sabe.

El sigue ufano y galán,  
y los rumores de que hablo,  
si los sabe, los da al diablo  
satisfecho el Capitán.

Tal es, amigo lector,  
el don César de mi cuento:  
si le crees malo, lo siento;  
mas no fué mucho mejor.

## V

## INSUFICIENCIA DEL POETA

Casa don Fadrique á Diana,  
y en su palacio reúne  
cuanto hay en Castilla entera  
en armas y amor ilustre;

que es don Fadrique muy rico  
y á origen de reyes sube,  
y sólo el Rey le aventaja  
cuando sus empeños cumple.

Ofreció una noche su hija  
en lance que aun hoy encubre  
el misterio de las sombras,  
á un hombre á quien atribuye

tantos misterios el vulgo,  
como al lance que produce  
el repentino consorcio  
que amor y razones une.

Mas aunque pasa la noche  
y ya su presencia urge,  
el novio no está en Toledo,  
lo que á sospechas induce.

Mas buenas tiene sin duda  
razones que le disculpen,  
porque aunque le echan de menos  
nadie de falso le arguye.

Todos aguardan que llegue,  
y no hay un alma que dude  
que se hallará al dar las diez  
en los salones del Duque.

Que él ha marcado esa hora,  
y tal confianza infunde  
su palabra, que no hay prenda  
que más valga ni asegure.

Prosiguen, pues, de la boda  
las fiestas, los brindis crujen,  
y suenan los instrumentos  
voluptuosos y dulces.

Nunca tal gala ostentaron  
los que de grandes presumen,  
ni vió jamás tanta pompa  
la asombrada muchedumbre.

Inútil es ponderarla,  
y querer pintarla inútil,  
que fiestas como ésta mía,  
contándolas se deslucen.

Harto lo llora el poeta,  
Mas ¡ay, que por más que luche  
con su voz y con su lira,  
la realidad no le suplen!

Hará que sus creaciones  
en bellos versos murmuren,  
que canten báquicos himnos  
cuando su festín concluyen.  
Podrá, cuando más se afane,  
de quien su cuento le escuche

lograr que se finja apenas  
el rostro, las actitudes,  
la situación ó el carácter  
de los seres que dibuje;  
todo ello pesado y débil,  
aunque á lo vano renuncie.  
Podrá trazar en un cuadro,  
aunque sombras se le enturbien,  
las principales figuras  
de que su historia se ocupe;  
mas la luz, y el movimiento,  
y el todo que las circuye,  
la multitud, las comparsas  
que en torno de ellas agrupe,  
que giran, hablan, murmuran,  
van, vienen, bajan y suben,  
las cercan ó las desvían,  
y con ellas se confunden,  
y respiran con su aliento,  
y con impulsos comunes  
con ellas gozan, esperan,  
ríen, cantan, lloran, sufren.....  
¡Imposible que lo pinten  
y en la mente lo acumulen  
con voz, movimiento y vida  
fácil, palpable, voluble!  
¿Cómo contar el tumulto  
que en un momento produce  
en un salón donde danzan,  
un lance que lo interrumpe?  
La voz de «¡Ahí está, señores,  
ahí está!», que brota y bulle  
de boca en boca rodando  
y en derredor se difunde;  
y el son de las herraduras  
del bridón que le conduce,  
que al detenerse en el patio  
hace que el patio retumbe;  
que en las puertas y ventanas  
los que bailaban se agrupen,  
y por ver mejor se empinen  
se encaramen y se empujen;  
los muchos que, prodigando  
serviles solicitudes,  
bajan á asirle el estribo  
porque les mire ó salude,  
y el salón que dejan solo  
con la alfombra y con las luces,  
y la chimenea, en donde  
chisporretea la lumbre,

¿con qué voz, ni con qué lira  
se pinta ó se reproduce,  
de modo que quien escucha  
lo conciba y no se ofusque?  
¿Cómo el satisfecho porte  
contar con que se descubre  
al apetecido novio  
que por la escalera sube,  
mientras se agolpa por ella  
la aturdida servidumbre,  
y al peso de los curiosos  
por ambas barandas cruje?  
Avanza, pues; por la sala  
la gente se distribuye,  
y este es el lance más crítico  
que en toda la noche ocurre.  
Corre confuso murmullo  
y ancho movimiento cunde,  
mientras, asiendo un instante,  
á sí cada cual acude.  
Quién se compone la gola,  
quién los vuelillos se sube,  
quién desencaja una hebilla  
porque el cinturón le ajuste;  
quién se revienta unos guantes,  
y del placer en la cumbre,  
las hermosas se sonríen,  
y aunque astutas disimulen,  
la vista á un espejo tienden,  
la mano á la flor ó al bucle.  
La que gracias ó riquezas,  
bien que la pesa, no luce,  
busca á una bella la espalda,  
que aunque la humille la oculte.  
Aquí asoma un pie pequeño,  
allí unos ojos azules,  
acá una falda de encaje,  
allá un airón de tisúes;  
aquí un cuello alabastrino,  
y allí una mano que pule  
un centenar de brillantes  
que por mano y dueño arguyen.  
Todo esto en viviente masa,  
con movimientos comunes,  
con existencia uniforme  
que en todo fermenta y bulle,  
que gira ó que vaga á un tiempo,  
se dispersa ó se reúne,  
danza ó se asoma, y el ruido  
cesa, aumenta ó disminuye:

este momento de atenta  
y afanosa incertidumbre,  
¿quién lo cuenta ó quien lo canta,  
por más que á la par se junten  
la voz y el arpa, sin ver  
que es fuerza al fin que renuncien  
la voz y el arpa, humilladas,  
á empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño,  
y aunque me da pesadumbre,  
el salón de don Fadrique  
quien pueda que se figure.

## VI

## EL NOVIO

Todos los ojos clavados  
en la puerta del salón,  
toda la gente del baile  
agolpada en derredor,  
en impaciente y atenta  
duda un instante quedó,  
esperando la llegada  
del venturoso amador.  
Don Fadrique, Diana y todos  
los parientes que juntó  
en su fiesta el noble Duque,  
de sus huéspedes en pos,  
están al dintel parados,  
que el danzar se interrumpió,  
y ahogaron los instrumentos  
su ya no escuchado son.  
Todos inciertos callaban,  
y allá en confuso rumor,  
del novio por la escalera  
se percibía la voz,  
como si alguno á su paso,  
demandándole atención,  
recibiera una respuesta  
de superior á inferior.  
—¿Comprendiste? dijo al fin  
en voz clara.—Sí, señor,  
repuso otra voz humilde;  
y él á replicar volvió:  
—La hora, las dos en punto;  
la gente, nosotros dos.—  
Y de sus anchas espuelas  
áspero compás se oyó.

Cundió general murmullo  
de gente por el montón,  
la masa de mil cabezas  
adelantándose hirvió,  
moviéndose á un tiempo todas  
para ver y oír mejor;  
y á tal punto, por la sala  
con paso resuelto entró  
el buen capitán don César,  
cual siempre fascinador.  
Echó los brazos al cuello  
de don Fadrique, tomó  
la mano á Diana, y besóla  
con acendrada pasión,  
y por la estancia avanzando,  
en tal guisa les habló:

—Señor Duque, hermosa Diana,  
si tardé, mirad que estoy  
pronto desde este momento  
á demandaros perdón.

—Capitán, en vuestra casa  
nadie exige sino vos.  
Id, venid cuando os pluguiere,  
sin pena y sin restricción,  
que en todo lo que gustareis  
nos daréis gusto y honor.  
—Pues cuando os venga en agrado,  
señor Duque, la ocasión  
del notario aprovechemos,  
con la ley cumplamos hoy;  
y atendiendo á ambos mandatos  
de justicia y religión,  
hoy nos casarán las leyes,  
mañana temprano, Dios.  
¿Os place?

—¡Sí, por mi vida!

—¿Y á vos, Diana?

—¿Tengo yo

más voluntad que la vuestra,  
mi esposo y libertador?  
—Pues de ese modo, abreviemos,  
que aunque por ello aflicción  
siento en el alma, esta noche  
aun mi ausencia no acabó.—

Volvióse á tales palabras  
el Duque, y conversación  
siguieron de esta manera  
por lo bajo ambos á dos:  
—Don César, ¿lleváis espada?  
—Solamente á precaución.

—Sabéis, Capitán, que os debo.....  
—Gracias, Duque; aunque de honor,  
no es asunto de estocadas,  
sino de tiempo.

—¡Por Dios,

que tomara por agravio  
que en caso de exposición  
reclamarais el auxilio  
de otro que no fuera yo!  
—Dormid sin cuidado, Duque,  
que en todo evento hombre soy,  
y os despertaré mañana.  
Volved esta noche vos  
al baile desde la mesa;  
danzad, Duque, sin temor,  
y no os acordéis de mí  
hasta que despunte el sol.—  
Y así el Capitán diciendo,  
la mano de Diana asió,  
y á otro aposento pasaron  
con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente  
los contratos en unión,  
volvióse á la danza luego  
y á la mesa se volvió.  
El Duque estuvo gozoso,  
el Capitán decidor,  
y Diana hermosa y radiante  
y hechicera como el sol.  
Y aunque no faltó un misántropo  
que admirado se mostró  
y auguró mal de esta boda,  
cenando como un león,  
desde la cena, la danza  
tercera vez empezó,  
Más que nunca bullicioso  
y pacífico el salón.  
mas justo será añadir  
como fiel historiador,  
que mientras seguía el baile  
y de los brindis el son,  
el Capitán y Ginés  
salían al dar las dos,  
de la empinada Toledo  
por las puertas del Cambrón.

## VII

## DOÑA INÉS

Cerraron en un convento  
á doña Inés de Alvarado,  
y obraron con poco tiento,  
porque jamás fué su intento  
tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,  
de noble estirpe nacida,  
pensó, libre mariposa,  
de volar de rosa en rosa  
por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca  
la luz del brillante sol,  
y una mente inquieta y loca,  
¿quién puso bajo una toca  
corazón tan español?

¿Qué valen las celosías  
que la aprisionan el ver,  
si en sus bellas fantasías  
adora todos los días  
sus delirios de mujer?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!  
que algunos doctores viejos  
nieguen el mundo para ella,  
si presintiéndose bella,  
se encuentra con los espejos?

Y ¿qué la importan los sonos  
del salterio sacrosanto,  
si las lindas tentaciones  
de otro dios y otras canciones  
se la acuerdan entretanto?

¿Cómo abrazar las espinas  
del ayuno y la oración  
como exigencias divinas,  
si hay otras que están ladinas  
punzándola el corazón?

¿Para qué son sus sentidos  
si de nada han de gozar?  
¿Qué fué para los nacidos  
el mundo á que son venidos,  
si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos  
los mal mutilados rizos,  
si no ha de prender en ellos  
una flor, que hará más bellos  
sus ojos antojadizos?

Doquier que su sombra alcanza,  
curiosa va tras su sombra  
con afanosa esperanza,  
y el pie se ensaya en la danza  
doquiera que halla una alfombra.

Doquier que hablan de virtud,  
la causa secreta estudia  
de su secreta inquietud;  
doquier que encuentra un laúd,  
un himno de amor preludia.

Tal vez á solas mirando  
de su mansión los cerrojos,  
las horas pasó soñando,  
y se encontró, despertando,  
con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana  
al ver la inmensa campiña  
donde cruza una aldeana,  
trocar su sayal de lana  
quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja  
y al bordar un santo nombre,  
la santa labor estruja;  
que audaz tentación la empuja  
á delinear el de un hombre.

Y así se la van los días  
en suspirar y gemir,  
por las bóvedas sombrías  
de las largas galerías  
que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,  
y sus labios palidecen,  
y sus pies se debilitan,  
y sus delirios la irritan,  
y sus pesadumbres crecen.

¡Oh, que al abrir un convento  
á doña Inés de Alvarado,  
obraron con poco tiento,  
que bien se ve que su intento  
no la llamaba á su estado!

Pero ¿qué han visto sus ojos,  
que serenos y radiantes,  
ha días que sin enojos  
moderaron los antojos  
tras de que corrieron antes?

Ella, que ayer esquivaba  
del templo el cantar sonoro  
y la oración la cansaba,

hoy de rodillas se clava  
ante las rejas del coro.

Ella, que ayer distraída  
asistía al gran misterio  
del Redentor de la vida,  
hoy no quita, embebecida,  
los ojos del presbiterio.

Ella, que ayer con el son  
del importuno esquilón  
dejaba el lecho tardía,  
hoy madruga con el día  
y adora la creación.

Ella, que ayer descuidada  
olvidaba sus labores,  
hoy, noche y día afanada,  
multiplica delicada  
sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento  
ofrendas del sentimiento  
bajo formas infinitas,  
sus labores exquisitas,  
que orgullo son del convento.

Mutación inesperada  
que á sus hermanas admira;  
*y la oveja descarriada,  
dicen, del pastor llamada,  
ya á su redil se retira.*

*Ya vuelve al dulce reclamo  
de la dulce compañía,  
y á los cuidados de su amo,  
la blanca oveja que huía  
tan salvaje como el gamo  
nacido en la selva umbría.*

Y en secretas reuniones  
dándose la enhorabuena,  
doblaban las oraciones,  
pidiendo á estas intenciones  
perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!  
¡Oh necias, sin duda alguna,  
las pobres siervas de Dios,  
si no alcanzasteis ninguna  
lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto,  
su tez la color recobra,  
sus ojos brillo y encanto....  
Y ¿pensáis que el fuego santo  
tales maravillas obra?

¿Pensáis que el alma prensada  
en la seca soledad

vuelve á una niña apenada  
la pura tez sonrosada  
y el contento y la humildad?

¡Oh necias, que sin recelos  
cubris el mundo y los ojos  
con vuestros benditos velos,  
cuando á la luz de los cielos  
se ven muy mal sus abrojos!

¡Necias! La blanca ovejuela  
que se vuelve á su pastor,  
y cuya vuelta os consuela,  
es tórtola que se vuela  
al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban  
clavados en el altar,  
el altar no contemplaban,  
que otros ojos no cesaban  
sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,  
pero, pese á los cerrojos,  
lenguas en ojos residen,  
y los espacios se miden  
con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,  
y un hombre la devoraba  
con sus ardientes pupilas,  
y doña Inés se abrasaba,  
y vosotras.... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su exceso,  
ni de la reja á una esquina  
visteis que, perdido el seso,  
tendió la mano, y que un beso  
crujió en la mansión divina.

Ni visteis que, en vez de andar  
al toque de los maitines  
desde su celda al altar,  
solía más tarde entrar  
al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una  
que, del paseo ce'osa,  
abriese ventana alguna,  
y viese huir con la luna  
una sombra sospechosa.

Ni hubo ningún jardinero  
que, al primer canto del gallo,  
viese acercarse rastroero  
un rondador caballero,  
que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,  
sus vistosos ramilletes

que encontraban compradores,  
pudieron de sus amores  
guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiando  
el sueño de la tornera,  
las llaves manoseando,  
abierta afición mostrando  
del manajo á la tercera.

¡Oh! Que al abrir un convento  
á doña Inés de Alvarado,  
obraron con poco tiento,  
pues ni han mirado su intento,  
ni en el Capitán pensado.

## VIII

## AVENTURA INEXPLICABLE

Tras grave asunto, á juzgar  
por lo que van espoleando,  
corren dos hombres, cruzando  
á caballo un olivar.

No está la noche muy clara,  
mas bien se ve al pie de un cerro  
una cruz grande de hierro  
que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es,  
aun á los ojos peores,  
que son dos los corredores,  
y los caballos son tres.

Echó pie á tierra el primero,  
y al dar la brida al de atrás,  
le dijo: «Aquí esperarás»;  
y el otro dijo: «Aquí espero.»

Y hacia el convento avanzando,  
del caballero en la obscura  
sombra se fué la figura,  
hasta perderse, menguando.

Y aquí, ¡oh mi lector amigo!  
fuerza será que convengas  
en que es preciso que vengas  
hacia el convento conmigo.

Sigue mi camino, pues,  
y de una verja detrás,  
un atrio acaso hallarás  
á pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes,  
da un paso más, y con él